

FASC. III - LUGLIO - SETTEMBRE 1979

*Estratto dalla*

# RIVISTA ROSMINIANA

di filosofia e di cultura

Anno LXXII  
Nuova Serie Anno XII

CENTRO INTERNAZIONALE DI STUDI ROSMINIANI

# El problema de la libertad en la teoría psicoanalítica freudiana

## OBSERVACIONES ROSMINIANAS

1. El *problema* que nos mueve es el siguiente: «Parecería que el psicólogo está obligado a pronunciarse en favor del determinismo», dice E. Fromm. «Nos hallamos inclinados a creer que obramos libremente debido a que —como ya lo sugirió Spinoza— somos conscientes de nuestros deseos, pero ignoramos sus motivaciones». La decisión libre parece indicar solamente que obramos por la fuerza (valor) más poderosa que nos impulsa en el momento <sup>(1)</sup>.

El tema de la libertad es al mismo tiempo un tema complejo, un tema fascinante (especialmente para los jóvenes de nuestra cultura) y un tema del que no es fácil tener ideas claras. Parece que la precipitación propia de la vida moderna no nos da tiempo para pensarlo y debemos contentarnos con admitir la existencia de la libertad como un hecho en ciertos actos —a veces rebeldes— de nuestra existencia.

Por nuestra parte, trataremos de ver aquí, brevemente, cuál es el concepto de libertad psicológica que podemos admitir si aceptamos la teoría psicoanalítica freudiana.

Quizás podamos ordenar nuestra investigación aceptando, como *hipótesis* comúnmente recibida, que *la libertad* es una fuerza que llamamos libre por oposición a la necesidad o determinación en relación a los objetos a los que se dirige.

La *libertad psicológica* sería entonces una fuerza libre del hombre respecto de las estructuras necesariamente condicionantes del psiquismo humano. Así es, pues, que para hablar de la libertad psicológica, debemos conocer primero la

(1) FROMM, E. *Ética y psicoanálisis*. México, FCE, 1969, p. 249-250.

estructura condicionante nuestro psiquismo y su funcionamiento a nivel no libre. Es necesario conocer nuestros condicionamientos, pues la libertad comienza do ellos terminan.

Al hablar de la estructura de nuestro psiquismo me ceñiré; aquí a la teoría sicoanalítica, tal como la presentó Freud.

No pretendemos hacer ahora una exposición ni siquiera medianamente exhaustiva del pensamiento freudiano, sino solo de presentar algunos conceptos fundamentales que nos permitan ubicar el problema de la libertad psicológica.

### ***Estructura del aparato psíquico.***

2. S. Freud trató de llevar el conocimiento de nuestra psique a un nivel de *ciencia experimental*, separándose así del trato *racional filosófico* que se le daba anteriormente al problema de la libertad.

Ahora bien, la *ciencia* se compone de teorías y las teorías tíficas—incluso de las ciencias experimentales— necesitan, hacerse comprensibles, una estructura de conceptos básicos organizados de acuerdo a un principio fundamental.

Según, pues, la estructura epistemológica de nuestras ciencias Freud elaboró la *teoría psicoanalítica*, o sea, un método—basado en un principio— para analizar el psiquismo. Pensó el psiquismo estableciendo en él tópicos que explicaran los fenómenos que apareciendo. Freud fue consciente de que sus tesis, en principio, simples esquemas aclaratorios <sup>(2)</sup>.

3. El concepto fundamental en que se basa la concepción aparato o estructura psíquica, según Freud, es el concepto de *libido*. Libido es una palabra latina que significa deseo, inclinación, voluntad, apetito, pasión, antojo, sensualidad. Freud le dio a esta palabra un significado muy amplio. Libido, en los escritos de —y hablando en general—, es la vida misma del ser humano que se manifiesta como *una fuerza-función general del ser humano para obtener placer*.

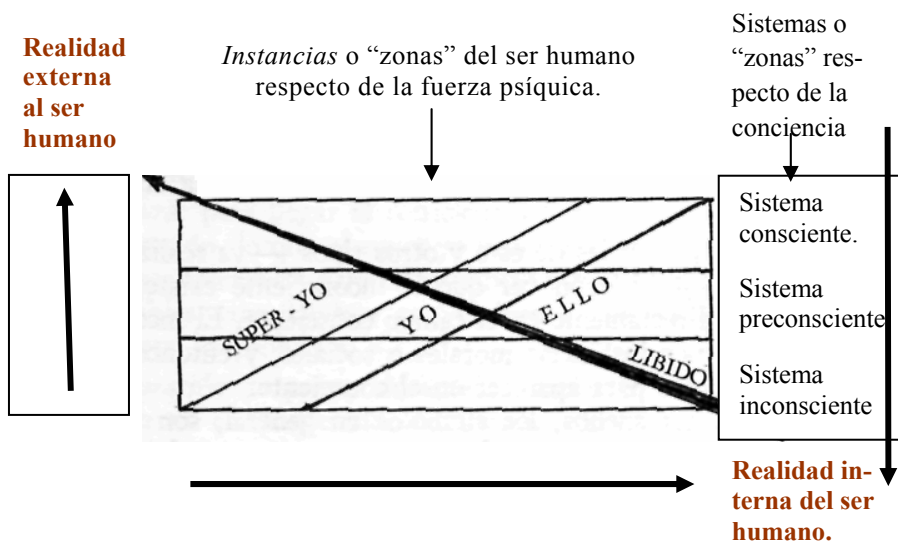
<sup>(2)</sup> «Nuestra tópica psíquica no tiene, de momento, nada que ver con la Anatomía refiriéndose a regiones del aparato anímico, cualquiera que sea el lugar que ocupen en el cuerpo, y no a localidades anatómicas.

Nuestra labor en este aspecto es de completa libertad y puede proceder conforme vayan marcándose sus necesidades. De todos modos, no debemos olvidar que nuestra hipótesis no tiene, en un principio, otro valor que el de simples esquemas aclaratorios (FREUD, S, *Obras Completas. Lo inconsciente*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, p. 2066).

Según Freud, hay que pensar el aparato psíquico del ser humano como regido por un *principio fundamental: el ser humano tiene como meta el placer* (este placer, claro está, no se refiere solo a lo toscamente sensible, sino que en el hombre es sublimado y alcanza fines superiores). Ya desde su primitiva base instintiva el hombre tiende al placer y no al dolor (3).

Como al ser humano está regido por el principio de la búsqueda del placer, por la libido, hay que tener presente que, en Freud, el vocablo *sexualidad* tiene entonces un significado mucho más amplio del que vulgarmente se le atribuye. Sexualidad, en Freud, es muchísimas veces sinónimo de libido, de función general para obtener placer. No hay que confundir, pues, sexualidad con genitalidad. Lo genital es sexual, pero no todo lo sexual es genital.

4. Establecido el principio de la teoría psicoanalítica de Freud, pasemos ahora a ver la estructura del aparato psíquico. Veamos primeramente este esquema:



### ***El sistema inconsciente***

5. La «zona» *inconsciente* del sujeto humano es un postulado, una hipótesis que hace Freud, para explicar muchos hechos de la vida

(3) «El psicoanálisis parece demostrar que el causar dolor no se halla integrado entre los actos finales primitivos del instinto. El niño sádico no tiende a causar dolor ni se lo propone expresamente. Pero una vez llevada a efecto la transformación en masoquismo, resulta el dolor muy apropiado para suministrar un fin pasivo masoquista, pues todo nos lleva a admitir que también las sensaciones dolorosas, como en general todas las no placenteras, se atienden a la excitación sexual y originan un estado placiente que lleva al sujeto a aceptar de buen grado el displacer del dolor» (FREUD, *Los instintos y sus destinos*, o. c., vol. II, p-2045).

consciente; pero en sí mismo no es posible probarlo: está fuera de nuestra vida consciente. El inconsciente se lo conoce en la versión simbólica que aparece en la vida consciente <sup>(4)</sup>.

Los sueños, los actos fallidos (*lapsus linguae*), los tests proyectivos, permiten suponer cuál sea el contenido del inconsciente de un individuo. Mas el inconsciente en sí mismo no llega nunca a la conciencia.

Como Freud considera que la vida se manifiesta en la libido (función general de obtener placer), y como la obtención de placer madura es la relación hétero-genital, los sueños o símbolos deben ser interpretados, en general y primeramente —aunque no exclusivamente—, en vistas a la expresión de deseos encaminados a este fin.

Veamos ahora un ejemplo de interpretación del inconsciente por medio de un símbolo o sueño: Faber y Fischer (1943) ordenaron a una mujer en estado hinóptico que soñara que su amiga soltera esta embarazada. Al día siguiente la mujer soñó que su amiga estaba en un isla solitaria rodeada de enormes olas y soportando una fuerte lluvia. A nivel consciente la señora no sabía explicar el significado de este sueño, pero sometida a hinópsis lo interpretó así: estar en una isla solitaria significaba el aislamiento social que su amiga embarazada y soltera debería soportar. La lluvia significaba la crítica que recibiría <sup>(5)</sup>.

Repetidas experiencias de este y otros tipos —ya realizadas por el mismo Freud— hicieron ver que el inconsciente existe, aunque no se manifiesta directamente en el campo consciente. El inconsciente se ve reprimido, por instancias morales o sociales, y entonces toma la forma de símbolos para aparecer en el consciente.

Según esto, los sueños, los símbolos en general, son deseos pensamientos latentes del inconsciente, que para pasar al estado manifiesto o consciente, se revisten de imágenes a fin de escapar la reprobación moral (censura) del súper-yo.

Cuando el sueño no está aún suficientemente elaborado, el instado por el súper-yo vuelve a sumergir el sueño en el inconsciente lo «borra» de la conciencia, hasta que el contenido

(\*) «Denominaremos "inconsciente" a aquellas representaciones latentes de las tenemos algún fundamento para sospechar que se hallan contenidas en la vida anímica... Una representación inconsciente será entonces una representación que no percibimos, cuya existencia estamos, sin embargo, prontos a afirmar, basándose en indicios y pruebas otro orden» (FREUD, S. *Algunas observaciones sobre el concepto de lo inconsciente t psicoanálisis*, o. c., vol. II, p. 1697).

<sup>(5)</sup> Cfr. TALLAFERRO, A. *Curso básico de psicoanálisis*. Bs. As., Paidós, 1972, p. «Los sueños que aparecen considerablemente deformados son en su moría - aunque tampoco siempre- le expresión des deseos sexuales» {FREUD, S. *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, o. c., vol. II, p. 2241).

sea tolerable para el consciente.

En el inconsciente se da una primera elaboración de los deseos en imágenes: es el *proceso primario*, un proceso que la conciencia no puede controlar. En el preconscious se da una elaboración más perfecta del deseo perfeccionando su presentación en imágenes tolerables para la conciencia: el proceso que se elabora en el preconscious tampoco es captado por la conciencia directamente y se llama *proceso secundario*.

Hay también sueños diurnos, fantaseos, que han sido largamente elaborados por el preconscious, y presentan por lo tanto mayor sucesión y coherencia que los sueños.

El análisis de los sueños permite ver cómo funciona el inconsciente y qué contenidos de deseos tiene el individuo. Los *sueños* tienen la siguiente estructura:

- a) *Un contenido manifiesto*: es lo que recordamos cuando despertamos.
- b) *Un contenido latente*: los deseos-pensamientos que están en el inconsciente y desean llegar al consciente para alcanzar un mínimo de realización.
- c) *Censura*: para llegar al consciente el individuo somete a censura, a represión, lo que el súper-yo prohíbe. Solo pasan a la conciencia las cosas tolerables para el equilibrio psíquico. Y las cosas se hacen tolerables camuflándose con imágenes que no manifiestan directamente lo prohibido.
- d) *Elaboración psíquica*: durante el sueño el contenido latente se convierte en contenido manifiesto, aunque deformado por las imágenes.

Con el sueño se satisface una necesidad: se expresan los impulsos inconscientes del ello (lo instintivo primario).

### ***El sistema preconscious***

6. El preconscious es lo inconsciente pero capaz de conciencia.

En la «zona» preconscious del individuo influyen contenidos del consciente (imágenes de la realidad, ideas claras, lenguaje, etc.) y contenidos del inconsciente (instintos o pulsiones, pasiones sin moralidad ni control alguno).

El preconscious funciona con leyes propias que constituyen el proceso secundario. Su función es:

- a) Elaborar una sucesión cronológica de las representaciones oníricas.
- b) Dar a nuestras imágenes e ideas una correlación lógica.
- c) Integrar preconscientemente nuestros conocimientos, en particular, por medio de la relación causa-efecto.

En el preconsciente se «depositan» nuestros recuerdos, los cuales también sufren transformaciones.

### ***El sistema consciente***

7. «Llamaremos "consciente" —dice Freud— a la representación que se halla presente en nuestra conciencia y es objeto de nuestra percepción» (6).

El consciente es la «zona» más permeable a los estímulos externos del individuo. Es la «zona» límite entre lo interno y lo externo. El consciente es el dispositivo que detecta y amortigua los estímulos exteriores, manteniendo un equilibrio en el individuo entre las exigencias exteriores y las interiores.

Según Freud, nuestros conocimientos conscientes, nuestra conciencia, es solo una «parte» de nuestro ser y está condicionada tanto por la realidad exterior como por lo interior preconsciente e inconsciente.

Veremos que los actos libres y conscientes se dan en esta «zona» del psiquismo humano y están condicionados (aunque no determinados) por lo externo y por lo interno.

### ***Las instancias del aparato psíquico***

8. Según Freud, las instancias del aparato psíquico son tres: el ello, el yo y el súper-yo.

Se llaman instancias porque son lo que mueven (instan, empujan) nuestro psiquismo. Son la libido (la búsqueda de placer) en movimiento.

Comencemos por el concepto de «ello», la instancia instintiva del ser humano. El ello es la «zona» impersonal del individuo, el bagaje total de impulsos instintivos, una fuerza ciega y biológica.

En el ello no hay moral, no hay orden ni organización: allí las pulsiones o instintos tienden desenfrenadamente a su satisfacción. Es la parte animal del hombre, el «indio», el «salvaje» que está en todo ser humano.

(6) *Algunas observaciones sobre el concepto de lo inconsciente, en el psicoanálisis, e. c.*, vol. II, p. 1697.

Como el ello es la pulsión, lo instintivo y el carácter del instinto es la perentoriedad con estímulo *necesario* deberemos detenernos un tanto a examinar la naturaleza del instinto. En efecto, no comprenderemos la «zona» de la libertad si no descubrimos la «zona» de la necesidad, en relación a la cual la libertad es una fuerza libre.

El ello es inconsciente y contiene la memoria hereditaria e instintiva de toda la especie humana.

Por *pulsiones o instintos* se entiende las fuerzas ciegas que suponemos causantes de tensiones constantes e imperiosas: el instinto de comer, beber, relacionarse genitualmente, etc. Allí se halla, según Freud, el *deseo* (no la idea consciente) inconsciente de poseer totalmente a la madre, excluyendo al padre (incesto): es una manifestación del instinto de vida, del amor por medio de la posesión. Este deseo se desarrolla luego (de los 3 a los 6 años) constituyendo para el niño el *complejo de Edipo*.

Según Freud, el instinto o la pulsión es un *excitante interno continuo* que produce, cuando es satisfecho adecuadamente, un goce específico (7).

El ello contiene fundamentalmente —según la última concepción freudiana sobre las pulsiones o instintos (1920)— dos clases de instintos: el *instinto de vida* y el *instinto de muerte*, que se relacionan con la antítesis amor-odio. Pero la pulsión o instinto de muerte surge como una frustración de la pulsión o instinto de vida y encuentra su expresión en el súper-yo.

En el término instinto, Freud, unió lo *somático* y lo *anímico* (8).

(7) «El instinto no actúa nunca como una fuerza de impacto *momentánea*, sino siempre como una fuerza *constante*. No procediendo del mundo exterior, sino del interior del cuerpo, la fuga es ineficaz contra él. Al estímulo instintivo lo denominaremos mejor *necesidad*, y lo que suprime esta necesidad es la *satisfacción* » {*Los instintos y sus destinos*, o. c., vol. II, p. 2040). Como algunos traductores de las obras de Freud han utilizado, casi indistintamente, el vocablo “instinto” (más referido al animal), en lugar de “pulsión” (vocablo más referido e integrado a lo humano), usaremos aquí *instinto* como sinónimo de *pulsión*, o mencionaremos a los dos, respetando la opción de diversos traductores.

(8) «Si consideramos la vida anímica desde el punto de vista biológico, se nos muestra el “instinto” como un concepto límite entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos procedentes del interior del cuerpo, que arriban al alma, y como una magnitud de la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico a consecuencia de su conexión con lo somático» (*Ibidem*, p. 2041).

Se advierte aquí una concepción dualista del hombre. El hombre se compone de «lo anímico» y «lo somático». Lo psíquico es lo anfíbio, cuyo representante es el instinto. Pero en esta dualidad de lo somático y lo anímico, la base es el cuerpo. El instinto se origina en el interior del cuerpo y llega al alma. Sin embargo, el estudio del « ser » del instinto, de su naturaleza última, «el estudio de las fuentes del instinto no corresponde ya a la Psicología» (*Ibidem*) experimental, sonó que nos introduce en el campo de las hipótesis metafísicas. A la psicología experimental le basta constatar que el instinto nace de hecho de fuentes somáticas.

El alma es vista como una sobreestructura que surge en el hombre al encontrarse el interior del cuerpo con la realidad exterior.

Esta concepción quizás no esté tan distante de la de Aristóteles cuando pensaba el alma como la última perfección de un cuerpo orgánico, como el acto del cuerpo organizado (*Del alma*, 412 b 5): Ἐντελέγεια πρώτη σώματος φυσικοῦ ὀργανικοῦ.



Podremos conocer mejor lo que es una pulsión o instinto si analizamos sus características propias:

a) Una *fuerza* del instinto: se halla en lo más profundo del ser humano en cuanto es una energía físico-química con base somática y representaciones psíquicas.

b) Los instintos o pulsiones poseen, además, un *impulso dinámico*. Tienen una fuerza, una cantidad de energía que impulsa al individuo a la consecución de un fin. El impulso siempre es *perentorio*, no puede esperar, quiere satisfacerse inmediatamente, contra todo y a pesar de todo. La perentoriedad constituye la esencia del instinto y del ello.

c) Los instintos o pulsiones tienen un *objeto*; algo del mundo (persona o cosa) al que tiende necesariamente y en lo cual alcanza satisfacción.

Sí el instinto o la pulsión alcanzan su objeto se satisface, se suprime por un tiempo la excitación y la necesidad que lo urgía.

El instinto tiende a un objeto (la necesidad de comer nos lleva al alimento, pero al alimento en general y no a un alimento particularizado). El *objeto concreto del instinto puede variar*. El objeto de instinto de vida (amor) puede ser otra persona (de igual o distinto sexo) o puede ser uno mismo (narcisismo).

Aquí se da *el primer grado de la libertad psíquica*: en la no determinación del objeto concreto de los instintos. En la relación impulso-objeto del instinto se da la relación necesidad-libertad: ha necesidad en el impulso, pero hay además cierta libertad o indeterminación respecto del objeto concreto del instinto<sup>(9)</sup>.

La *pérdida efectiva de la libertad* significa psicoanalíticamente la pérdida de la posibilidad de cambiar efectivamente el objeto d» instinto, lo que constituye una *fijación*. La búsqueda de placer -libido- queda fijada en un objeto que el individuo al crecer deber cambiar por otro.

Se pierde la libertad efectiva cuando se pierde la posibilidad efectiva de cambiar los objetos de nuestros instintos. Mas, por otra parte, no se quiere decir con esto que para ser libres se necesita cambiar continuamente el objeto concreto de nuestra libido instintiva

<sup>(9)</sup> El objeto de los instintos « no es necesariamente algo exterior al sujeto, sino i puede ser una parte cualquiera del propio cuerpo y *es susceptible de ser sustituido indefinidamente por otro*, en el curso de los destinos de la vida del instinto. Este desplazamiento del instinto desempeña importantísimas funciones...».

«Cuando un instinto aparece ligado de un modo especialmente íntimo y estrecho objeto, hablamos de una *fijación* de dicho instinto. Esta fijación tiene efecto con frecuencia en períodos muy tempranos del desarrollo de los instintos y pone fin a la movilidad instintiva del que se trate, oponiéndose intensamente a su separación del objeto» (FREUD *Los instintos y sus destinos*, e.c., vol. II, p. 2042).

Las perversiones son fijaciones. Un individuo pervertido es el que no ha evolucionado en su libido: ha quedado fijado a los objetos propios de los estados primarios de su infancia y que toda persona atraviesa si es sana. Si el instinto es tan fuerte como para superar las fuerzas represivas del súper-yo y alcanza satisfacción en el objeto de la primera infancia, tenemos entonces una acción *perversa*. Por ejemplo la relación genital de la hija con el padre. Si, en cambio, el individuo sigue ligado al objeto libidinoso de su primera infancia, pero logra reprimir el impulso instintivo, la acción será *patológica*. Por ejemplo la esposa que inconscientemente ama el padre en su esposo. Si, finalmente, el individuo logra dirigir su impulso instintivo al objeto correspondiente a su edad, o sublimarlo (sustituyéndolo con otros objetos admisibles: «casarse con la ciencia») la acción se considerará sana <sup>(10)</sup>. El individuo, debilitando esta libertad para cambiar el objeto de sus instintos, no evoluciona, sino que involuciona. La debilidad de la libertad se manifiesta, pues, como una pérdida en el desarrollo de la persona.

Como se ve, *Freud no ha negado la libertad humana*. Al contrario, ha luchado para que el hombre sea psicológicamente libre en la forma efectiva. Pero, ¿por qué el hombre no siempre llega a ser libre? Esto nos llevará a ver brevemente las otras dos instancias del aparato psíquico: el súper-yo y el yo.

d) El *fin* de la pulsión o instinto. El instinto o pulsión tienden a lograr un fin: la satisfacción. Mientras el instinto no halla satisfacción hay tensión: una búsqueda del placer que produce cierto displacer. El instinto halla su estado! de momentáneo equilibrio cuando ha alcanzado el objeto y obtenido í placer: ha logrado entonces su fin.

Si bien el fin último de todo instinto es invariable, el yo puede decidir emplear diversos medios para llegar a él. Hay aquí también campo para la libertad en la elección de los medios <sup>(11)</sup>.

<sup>(10)</sup> La posibilidad de la terapia está dada por la movilidad del yo que puede lograr desfijar la libido de sus objetos.

También Heinz Hartmann ve en la movilidad libre de las funciones del yo uno de los mejores aliados en el trabajo terapéutico: «Nosotros siempre tenemos en cuenta la "movilidad libre de las funciones del yo" — uno de nuestros mejores aliados en el trabajo terapéutico — diciendo que ... el yo sano piensa y actúa en forma flexible» (*La psicología del yo y problema de la adaptación*, México, Pax, 1961, p. 135-6).

<sup>(11)</sup> «Pero aún cuando el fin último de todo instinto es invariable, puede haber diversos caminos que conduzcan a él, de manera que para cada instinto pueden existir diferentes fines próximos susceptibles de ser combinados o sustituidos entre sí» (FREUD, S. *Los instintos y sus destinos*, e.c., vol. II, p. 2042).

El yo puede incluso inhibir un instinto o desviarlo, alcanzando solo una satisfacción parcial.

### ***La instancia psíquica llamada Yo, sede de la libertad***

9. Hemos visto brevemente la instancia psíquica llamada ello, en la cual residen los instintos con sus estímulos que implican una *necesidad* esencial.

Veremos ahora la instancia psíquica llamada yo en la cual se dan los conflictos, el choque de fuerzas opuestas. Aquí se halla la «zona» de la libertad, la «zona» de la decisión.

Freud supone que todo individuo es una organización coherente de sus procesos psíquicos, a la cual considera como su yo<sup>(12)</sup>.

El yo es consciente, preconsciente e inconsciente.

El yo es una instancia que procede del ello: es *el ello modificado* por la influencia del mundo exterior (principio de la realidad).

El yo se encuentra originariamente, al principio de la vida anímica, formando una sola cosa con el ello, revestido de instintos y es capaz, en parte, de satisfacer sus instintos en sí mismo (narcisismo)<sup>(13)</sup>. El mundo exterior no es el origen de las satisfacciones en esta primera época: es un mundo indiferente. Pero luego, dadas las necesidades del instinto de conservación (sentir hambre), siente a sus instintos como no placenteros. Entonces por el principio del placer: (libido) se vuelve a los objetos exteriores que lo satisfacen y lo: introyecta. Se hallan así dentro del yo lo bueno (fuente de placer introyectada) y lo malo (la fuente de displacer que trata de reprimir)

El yo, es, pues, *una «zona» intermedia* entre el ello y el mundo exterior (el mundo exterior introyectado constituirá el súper-yo).

Cuando un objeto llega a ser fuente de placer, surge en el yo una tendencia motora que aspira a cercarlo y a incorporarlo al yo. El yo atrae al productor de placer, lo «ama». «Odia», por el contrario, el estímulo productor de displacer<sup>(14)</sup>.

El yo es la estructura psíquica que *domina* la descarga de las excitaciones (que provienen del ello) en el mundo exterior. El yo *fiscaliza* todos los procesos parciales de la vida psíquica, *reprimiendo*, incluso en el sueño (porque el yo no es solo consciente, sino también preconsciente e inconsciente) ciertas tendencias anímicas que procede; del ello y son censurables.

Pero además el yo se esfuerza por transmitir a su vez al ello la influencia del mundo exterior: aspira a *sustituir* el principio del placer que reina in restricciones en el ello, por el de realidad.

(12) FREUD, S. *El «yo» y el «ello»*, e.c., vol. III, p. 2703.

(13) *Los instintos y sus destinos*, e.c., vol. II, p. 2049.

(14) Cfr. BÜHLER CHARLOTTE, *El principio de realidad. Discusión de teorías y datos observacionales*, en *El concepto de realidad en psicoanálisis*, Bs. As., Psicoanálisis, 1974, p. 125.

La *sede de la libertad* la debemos buscar en el yo en cuanto es el que rige normalmente los accesos de la motilidad. Lo que el yo administra es la motilidad: la capacidad de dirigir la libido, la función de obtener placer. Según Freud, «el individuo tiene dos objetos sexuales primitivos para la elección del objeto, pudiendo preferir uno de los dos»<sup>(15)</sup>. Se trata no de una preferencia intelectual y puramente consciente, sino de una administración existencial de la libido. La libido es una energía limitada; por esto cuando el yo la administra empobrece a quien se la saca y enriquece a quien la recibe<sup>(16)</sup>.

El yo, pues, según la teoría psicoanalista es una estructura compleja. El yo abarca el sistema consciente, el preconscious y el inconsciente. El yo, además, surge del ello y, por la oposición de las fuerzas del ello con la realidad exterior (y el super-yo), toma una *cierta autonomía* tanto del ello como del mundo exterior y del super-yo.

El yo no tiene una energía propia primeramente. Por esto, para oponerse al ello y modificándolo constituirse en una instancia autónoma, *debe robustecerse* con las cargas de libido que surgen a partir de los objetos. Los objetos robustecen al yo; es por esto que cuando debe abandonarlo se produce aquel sentimiento que llamamos melancolía, y es como una reconstrucción interior del objeto dejado.

En cierto sentido se puede decir que el carácter del yo es el residuo de energía de las cargas de objeto abandonadas. En un principio la cargas de los objetos que robustecen al yo proceden de la identificación con los objetos; luego es el yo el que carga a los objetos<sup>(17)</sup>. Es siempre por medio del yo que la libido objetal se sublima, se transporta de un objeto a otro.

Es resumen, veamos al yo con todas sus energías adquiridas y con sus debilidades:

- a) Por su relación con el sistema de la percepción *establece el orden* temporal de los procesos psíquicos;
- b) *los somete al examen* de la realidad;
- c) interponiendo los procesos mentales, el yo *consigue un aplazamiento* en las descargas motoras y *domina* los accesos a la motilidad. Pero este dominio *es más formal que efectivo*, nos dice Freud<sup>(18)</sup>.

<sup>(15)</sup> *El «yo» y el «ello»*, vol. III, p. 2025.

<sup>(16)</sup> «Dada una represión de la libido, la carga libidinosa es sentida como un grave vaciamiento del yo, la satisfacción del amor se hace imposible, y el nuevo enriquecimiento del yo solo puede tener efecto retrayendo de los objetos la libido que los investía» (FREUD, S. *Introducción al narcisismo*, e.c., vol. III, p. 2032).

<sup>(17)</sup> *El «yo» y el «ello»*, e.c., vol. III, p. 2710. <sup>(18)</sup>

<sup>(18)</sup> *Ibidem*, p. 2725.

En efecto, el dominio, y por lo tanto la capacidad de decidir que posee el yo, no están siempre acompañadas de una posesión de fuerza para ejecutar la decisión tomada.

El yo es como un monarca constitucional: es él quien tiene el derecho de veto. En él, pues, *hay verdadera libertad formal, tiene poder de decisión*, incluso contra el parecer del parlamento; pero debe pensarlo mucho antes de oponer su veto <sup>(19)</sup>.

El yo se enriquece con la experiencia del mundo exterior; pero también sustrae libido del ello y la transforma en estructuras propias del yo. El yo va poco a poco construyendo su reino en una actividad que va desde la percepción de los instintos al dominio del los mismos, «desde la obediencia a los instintos hasta su coerción» <sup>(20)</sup>. El ideal del yo y el súper-yo son, en parte, una formación reactiva del yo contra los procesos instintivos del ello. El yo debe decidir entre tres distintos condicionamientos: el mundo exterior, la libido que llega al yo instintivamente procedente del ello, y el rigor del súper-yo. Aquí la libertad de decisión del yo se hace política para ser eficaz. Si el poder de decisión del yo pretende llegar a la acción debe tomar una actitud oportunista: usará las fuerzas ajenas para mantenerse en el poder <sup>(21)</sup>.

El yo solo tiene capacidad de decidir eficazmente contra los instintos (que son la fuerza primera y fundamental del ser humano) creando con oportunismo una fuerza proporcionada. Solo ante dos fuerzas relativamente proporcionadas la libertad, el poder de decisión, es efectivo. En caso contrario es solo un poder formal.

Debemos, pues, distinguir, según Freud, una:

a) *Libertad formal*, un poder de *decisión ineficaz* del yo. Este poder existe desde que existe el *discernimiento*. El discernimiento es una «instancia imparcial» <sup>(22)</sup> propuesta *para decidir* si una representación determinada es verdadera o falsa,

<sup>(19)</sup> «Por lo que respecta a la *acción*, se halla el yo en una situación semejante a la de un monarca constitucional, sin cuya sanción no puede legislarse nada, pero que reflexionará mucho antes de oponer su veto a una propuesta del Parlamento» (*Ibidem*, p. 2726).

<sup>(20)</sup> *Ibidem*.

<sup>(21)</sup> «Mas, por otra parte, se nos muestra el yo como una pobre cosa sometida a tres distintas servidumbres y amenazada por tres diversos peligros, emanados, respectivamente, del mundo exterior, de la libido del yo y del rigor del súper-yo. Tres clases de angustias responden a estos tres peligros [...]. Pero su situación de mediador le hace también sucumbir, a veces, a la tentación de mostrarse oficioso, oportunista y falso, como el estadista que sacrifica sus principios al deseo de conquistarse la opinión pública.

El yo no se conduce imparcialmente con respecto a las dos clases de instintos. Mediante su labor de identificación y sublimación auxilia a los instintos de muerte del ello en el sojuzgamiento de la libido, pero al obrar así se expone al peligro de ser tomado como objeto de tales instintos y sucumbir víctima de ellos. Ahora bien: para poder dar tal auxilio ha tenido que colmarse de libido, constituyéndose así en representante del Eros, y aspira entonces a vivir y ser amado» (*Ibidem*, 2726).

<sup>(22)</sup> FREUD, S. *Los dos principios del funcionamiento mental*, e-c., vol. II, p.1639.

esto es, sí se halla o no de acuerdo con la realidad.

Cuando se instaura el principio de la realidad, queda *libre* cierta actividad mental respecto a la confrontación de la realidad, y que antes estaba sometida exclusivamente al principio del placer. Se ha instaurado ahora una visión objetiva, imparcial, de las cosas: he aquí la base de *un juicio libre*.

El yo sometido al principio del placer no puede hacer más que desear, buscar el placer y evitar el displacer: este es su modo espontáneo y necesario de obrar <sup>(23)</sup>. El yo, regido por el principio de realidad, puede ahora asegurarse contra todo daño, renunciar al placer momentáneo por un placer ulterior seguro <sup>(24)</sup>.

<sup>(23)</sup> Mientras el yo es guiado por el principio del placer estima, valora, «enjuicia» afectivamente como bueno lo que produce placer y como malo lo que produce displacer. Peto lo bueno según el criterio del principio del placer puede ser malo para la sociedad, puede ser un mal social. ¿Cómo cambia el yo esta valoración y llama luego *malo* lo que él, guiado por el principio del placer, estima que es *bueno*? El yo cambia esta valoración por el miedo a la pérdida del amor: teme que sus padres no lo quieran, y con esto perdería la protección frente a muchos peligros. El *mal social* es, pues, originariamente lo bueno, lo placentero, pero que debe evitarse hacer por miedo a la pérdida del amor de sus semejantes. Por esto es un mal que solo parece peligroso *cuando la autoridad lo descubre*.

Es así que surge lo que Freud –como antes lo había hecho Nietzsche– llama la «*mala conciencia*». El hombre comienza a llamar «malo» lo que en realidad siente como «bueno» o placentero. Con el surgimiento del súper-yo la autoridad es internalizada, toma un ser independiente de lo social y casi podríamos decir que adquiere un *status metafísico*: he aquí el fundamento ontológico de la conciencia moral.

«Por consiguiente, reconocemos dos orígenes del sentimiento de culpabilidad: uno es el miedo a la autoridad; el segundo, más reciente, es el temor al súper-yo. El primero obliga a renunciar a la satisfacción de los instintos; el segundo impulsa, además, al castigo, dado que no es posible ocultar ante el súper-yo la persistencia de los deseos prohibidos» (FREUD, S. *El malestar en la cultura*, e.c., vol. III, p. 3056).

J. P. Sastre ha tratado y discutido este tema del psicoanálisis bajo el título de «mala fe». La mala fe es la antítesis de la sinceridad y «trata de constituir la realidad humana como un ser que es lo que no es y que no es lo que es» (*El ser y la nada*, Bs. As., Losada, 1976, p. 104).

Como es sabido el término «mala conciencia», y en parte el concepto, Freud lo tomó de Nietzsche: «Todos los instintos que no se desahogan hacia afuera *se vuelven hacia dentro*; esto es lo que yo llamo *interiorización del hombre*: únicamente con esto se desarrolla en lo que más tarde se denomina su «alma». Todo el mundo interior, originariamente delgado, como encerrado entre dos pieles, fue separándose y creciendo, fue adquiriendo profundidad, anchura, altura, en la medida en que el desahogo del hombre hacia afuera fue quedado *inhibido*. Aquellos terribles bastiones con que la organización estatal se protegía contra los viejos instintos de la libertad –las penas sobre todo cuentan entre tales bastiones– hicieron que todos aquellos instintos del hombre salvaje libre, vagabundo, diesen vuelta atrás, se volvieran *contra el hombre mismo*. La enemistad, la crueldad, el placer en la persecución, en la agresión, en el cambio, en la destrucción; todo esto vuelto contra el poseedor de tales instintos; *ése es el origen de la "mala conciencia"*» (*La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza, 1975, p. 96).

<sup>(24)</sup> «La misión de desviar el dolor se les impone (a las tendencias del yo) con la misma urgencia que la de adquirir el placer y el yo averigua que es indispensable renunciar

El enjuiciamiento es el sustitutivo intelectual de la represión <sup>(25)</sup>.

b) *La libertad efectiva*. No basta *decidir* para *obrar* libremente. La decisión es un acto formal. Para que las decisiones del yo se cumplan se necesita fuerzas, el apoyo del parlamento.

El yo es una *organización*, una parte organizada del ello y del mundo exterior (internalizado en el ideal del yo y en el súper-yo). El yo, pues, como un soberano constitucional, es libre en sus decisiones (formalmente) pero deberá comerciar con todos los componentes del parlamento tratando de imponer su parecer en un juego de recíproco influjo a fin de obtener la fuerza que el yo, por sí solo, no tiene <sup>(26)</sup>.

En resumen, hay que distinguir, pues, una *libertad de decisión* (formal) y una *libertad efectiva*.

10. El *ideal del yo* surge con la identificación e introyección del padre (para el niño): lo admira por su fuerza, su poder, etc. y lo imita.

Esta introyección es ambivalente: el niño quiere *ser el padre* (sustituirlo a nivel inconsciente) o *ser como el padre* (admirarlo pero alejándose de él). La superación del complejo de Edipo significa el pasaje de el *ser padre* (con quien ve que no puede competir, pues ni la sociedad ni la propia madre se lo permiten) a *ser como el padre*.

En este período de latencia (de los 6 a los 12 años), el yo fortifica por medio del ideal del yo que ha creado. El complejo Edipo se supera reprimiendo el deseo de ser padre (sustituir al padre e introyectando el ideal de ser como el padre. Esta es la base del *súper-yo*. Cuanto más rígida haya sido la represión de ser el padre tanto más rígido será el súper-yo.

a la satisfacción inmediata, diferir la adquisición del placer, soportar determinados dolo renunciar, en general, a ciertas fuentes de placer, Así educado, *el yo se hace razonable se deja ya dominar por el principio del placer*, sino que se adapta al principio de rea' que en el fondo tiene igualmente por fin el placer; pero un placer, que bien diferido y atenuado, presenta la ventaja de ofrecer la certidumbre que le procuran el contacto con la realidad y la adaptación a sus exigencias.

«El paso del principio del placer al principio de la realidad constituye uno i progresos más importantes del desarrollo del yo» (FREUD, S. *Lecciones introducción al psicoanálisis*, e. c., vol. II, p. 2245).

<sup>(25)</sup> FREUD, S. *La negación*, e.c., vol. III, p. 2885.

<sup>(26)</sup> FRETJD, S. *Inhibición, síntoma, y angustia*, e.c., vol. III, p. 2840,

Dieter Wyss dice, tratando de las defensas del yo, según Freud, que «en las neurosis obsesivas y en las fobias no puede mantenerse el yo en la misma medida con la libertad de oposición ya que el afecto permanece inalterado» (*Las escuelas de psicología profunda*. Madrid, Credos, 1975, p. 24).

***Tercera instancia del aparato psíquico: el súper-yo como condicionamiento moral del yo.***

11. El súper-yo es el conjunto introyectado de los mandatos prohibitivos de los padres; y, más en general, se puede decir que el súper-yo es el principio de realidad introyectado. Constituye lo que se suele llamar la «voz de la conciencia». Es el conjunto de normas éticas indispensables para vivir adaptado socialmente.

El súper-yo representa el principio de realidad, la imposición de la realidad que limita los intentos del principio de placer (ello). De esta manera las normas éticas no dejan de ser menos reales que las cosas exteriores.

El yo, pues (que es quien domina la motricidad de nuestra psique) se halla entre dos fuerzas: a) las fuerzas instintivas del ello; b) las fuerzas exteriores, la realidad exterior y, en cuanto están introyectadas, el súper-yo. Aquí se juega la *libertad* del yo: él debe administrar las fuerzas y usar los mecanismos de defensa que fueren necesarios.

El yo es como un jinete -dice Freud- que debe dominar las fuerzas superiores del caballo (que es ello). Pero hay una diferencia: el yo no tiene fuerzas propias como el jinete. El yo debe usar las fuerzas del principio de realidad (el medio ambiente y las prohibiciones del súper-yo) para contrarrestar las fuerzas del principio de placer (ello)<sup>27</sup>.

*La libertad psicológica efectiva*, pues, no es igual en todas las personas, sino que depende de la mayor o menor estructuración del yo y del súper-yo. El yo no puede decidirse libremente contra el deseo del instinto si no dispone de una fuerza proporcional que le viene del súper-yo bien estructurado y de un yo armónico, por lo que puede contrarrestar la fuerza espontánea y perentoria del instinto. El súper-yo observa, guía, censura, amenaza como antes lo hacían los padres con el niño.

El súper-yo es una fuerza (que viene principio de realidad) que *condiciona* al yo, pero *no lo determina*. El yo puede obrar contra las normas del súper-yo, pero entonces aparece el *remordimiento*. Si el yo sigue los impulsos del súper-yo se siente «bueno», de lo contrario se siente «malo».

Por el súper-yo, el individuo llega a ser un ser social. El súper-yo es el conjunto de normas sociales introyectadas que le sirven al individuo de criterio para su conducta: si las sigue se sentirá integrado con su medio social, aunque en oposición con sus deseos instintivos agresivos.

(<sup>27</sup>) FREUD, S. *El «yo» y el «ello»*, e.c., vol. III, p. 2708.



La cultura, las leyes, existen al precio de una disminución del placer instintivo (ello) <sup>(28)</sup>.

12. El súper-yo puede ser más o menos fuerte y rígido. En algunos individuos el super-yo es muy rígido y atormenta al yo con sus imposiciones contra el principio de placer: surge entonces la neurosis obsesiva (el individuo se siente obligado, fijado en cierto ritual para no sentirse culpable) o la melancolía. Entonces lo que reina en el súper-yo es como un puro *instinto de muerte* y puede llevar al individuo a suprimir su vida.

Una de las finalidades del psicoanálisis es hacer ver existencialmente al individuo la rigidez de su súper-yo, y cómo el super-yo puede modificar sus normas demasiado rígidas: de este modo se consigue equilibrar las fuerzas del super-yo y las del ello y el individuo adquiere una efectiva libertad.

En el caso de un individuo pervertido (donde los instintos logran sus objetos y la satisfacción porque el yo no puede oponerse efectivamente al ello, dado que el súper-yo es demasiado débil), el psicoanálisis tratará de reforzar las fuerzas del principio de realidad; tratará de que el individuo reestructure las normas éticas del súper-yo encausando socialmente la consecución del placer.

13. En resumen, podemos formular las siguientes conclusiones:

a) Debemos reconocer lo mucho de *hipotético* que tienen las ciencias humanas: son un andamiaje de conceptos que nos permiten formular teorías para interpretar hechos de la realidad.

b) Debemos reconocer, además, que el intento de Freud (dejando sin discutir ahora los supuestos filosóficos que Freud vivía) *nos ayuda a comprender los condicionamientos que tiene nuestra libertad humana en el nivel psíquico*. No hay una libertad humana sin condicionamientos. La libertad es poder de decisión (libertad formal de un yo condicionado —no determinado— por dos fuerzas (por lo que la libertad formal se hace

<sup>(28)</sup> ¿Qué ha sucedido para que los deseos agresivos se tornaran inocuos? Algo sumamente curioso, que nunca habríamos sospechado y que, sin embargo, es natural. La agresión es introyectada, internalizada, devuelta en realidad al lugar de donde procede: es dirigida contra el propio yo, incorporándose a una parte de éste, que en calidad de súper-yo se opone a la parte restante, y asumiendo la función de "conciencia" (moral), despliega frente al yo la misma dura agresividad que el yo, de buen grado, habría satisfecho en individuos extraños. La tensión creada entre el severo super-yo y el yo subordinado al mismo la calificamos de *sentimiento de culpabilidad*: se manifiesta bajo la forma de necesidad de castigo. Por consiguiente, la cultura domina la peligrosa inclinación agresiva del individuo debilitando a éste, desarmándolo y haciéndolo vigilar por una instancia alojada en su interior como una guarnición militar en la ciudad conquistada » (FREUD, S, *El malestar en la cultura*, e.c., vol. III, p. 3053).

efectiva si el yo tiene la fuerza para apoyar su decisión). Defender una libertad sana es defender las condiciones de la libertad, esto es, defender la armonía del yo, de modo que sus decisiones formales se encuentren secundadas por la fuerza correspondiente que las lleve a efecto.

c) Las investigaciones de Freud nos hacen ver que el hombre obra siempre por un motivo (consciente, inconsciente o pre-consciente); pero tener un motivo para obrar no significa estar determinado por él. Los motivos o instancias son condición del obrar humano (<sup>29</sup>). La libertad no es solo un acto de decisión ante dos objetos intelectualmente contemplados, indiferentes y sin fuerza alguna sobre el sujeto o yo (libertad formal). Por el contrario, la libertad sana implica un yo armónico: lo que decide lo puede hacer.

Una libertad enferma es una libertad ineficaz; aunque no siempre vale la inversa: la ineficacia de nuestras decisiones no siempre es síntoma de una enfermedad, sobre todo cuando nuestras acciones involucran poner en movimiento una amplia zona del mundo exterior.

d) Siempre está en el yo, en mayor o menor grado, decidirse por una u otra fuerza: por el principio de placer o por el principio de realidad. Es el yo libre el que se enferma o es sano. Pero no siempre está en el yo consciente el poder conservar una relativa proporción de fuerzas en estos dos principios opuestos. Porque el yo no es solo consciente: hay en el yo una «zona» pre-consciente e inconsciente, una «zona irracional» que puede turbar el equilibrio e las fuerzas. Como nuestro yo consciente es solo una parte de nuestro yo, nuestra libertad psicológica consciente está solo en parte en poder de nuestro yo consciente. También en este sentido nuestra libertad psicológica está limitada.

e) El interés de los escritos de Freud se dirige no tanto a la libertad formal; sino a que haya individuos con libertad sana, esto es, individuos que armonicen lo que deciden con lo que pueden hacer. Como a Freud le interesa curar, ha analizado con detención no tanto la libertad en sí misma (la libertad formal), sino los condicionamientos de la libertad. Por esto la libertad en la teoría psicoanalítica

(<sup>29</sup>) La distinción entre *condición* (o condicionamiento) y *libertad* es importante. Esta concepción supone que nuestra energía psíquica no es ni infinita ni totalmente libre. Una «parte» o «zona» de nuestra energía psíquica está *determinada* por las instancias (ello, súper-yo); mas hay un resto de energía psíquica que es *libre* de estos condicionamientos. En este resto reside el poder de decisión, la causa eficiente de la libertad. Pongamos un ejemplo que nos haga ver la relación que corre entre lo condicionado y lo libre: para lanzar una flecha, el arquero está *condicionado* por el arco; no puede lanzar una flecha sino a condición de tener un arco; pero el arco no es la causa eficiente del disparo de la flecha, ni se puede decir que el arco obliga o determina al arquero a que él dispare la flecha.

freudiana es una libertad negativa: un ser libres *de* la determinación propia del principio de placer y del principio de realidad. Esta teoría casi no habla de la libertad *para* (de la finalidad de una libertad sana). La libertad, según Freud, tiene sentido a partir de los condicionamientos, por ellos y sobre ellos. Nuestra libertad tiene sentido en cuanto es libre *de* la necesidad de esos principios que rigen el psiquismo; en parte, tiene sentido *por* esta necesidad, pero también superando esta necesidad, o sea, *sobre* esta necesidad.

Una vez que se es libre de las necesidades y se admite la existencia de la libertad, allí comienza otra gran pregunta: ¿somos libres *para* qué? Ahora bien, según Freud, todo nuestro psiquismo busca el placer. No puede ser otra la finalidad de nuestra libertad: somos libres *de* las necesidades *para* obtener, en última instancia, un placer mayor. Tal parece ser la «astucia» de la libido<sup>(30)</sup>.

### **Observaciones rosminianas**

14. El filósofo italiano Antonio Rosmini (1797-1855) ha expuesto su concepción de la libertad extensamente en la *Antropología in servizio della scienza morale*. Tampoco aquí haremos una exposición exhaustiva del pensamiento del autor. Nos serviremos de él solo para hacer notar algunas divergencias y concordancias con el pensamiento freudiano, con respecto a la libertad.

En primer lugar hay que advertir que Rosmini concibe al hombre como un *sujeto* esencialmente: el hombre desde que es hombre es un sujeto intelectual y sensitivo: es un sentimiento-sujeto que conoce y siente, aunque no siempre tenga conciencia de ello. Para Rosmini, en efecto, una cosa es conocer y otra cosa muy distinta es tener conciencia

<sup>(30)</sup> E. Fromm ha criticado esta visión, que considera individualista y negativa, de la libertad freudiana en su libro *El miedo a la libertad* (Bs. As., Paidós, 1969). Por su parte Fromm quiere llamar la atención sobre el aspecto positivo de la libertad, por el que el individuo es activo y creador; por el que « el hombre representa el centro y el fin de la vida ». « No existe poder superior al del yo individual » (p. 309).

Estas palabras de Fromm están indicando que *cuando la libertad se desentiende de los valores* que nos condicionan, o se afirma como creadora de los mismos, *no tiene sentido*: ella, sin sentido, es la que da el sentido, la que establece su finalidad.

Según Fromm, el individuo no puede dejar de ser individuo: solo podemos aspirar a formar una sociedad « en la que la conciencia y los ideales del hombre no resulten de la absorción en el yo de demandas exteriores y ajenas, sino que sean realmente *suyos*, y expresen propósitos resultantes de la peculiaridad de su yo » (p. 315).

En fin, también para los psicólogos vale el dicho de que « no se puede avanzar más allá de los principios » que se han establecido al inicio. Freud parte de la búsqueda ¡el placer (libido) como fuente de todo lo psíquico y así se llega a la conclusión de que solo se puede ser libre *para* el placer (cuya fuente y naturaleza última es desconocida a la Psicología). Fromm se interesa por una libertad positiva, fuerza creadora y transformadora del individuo, y no puede sino terminar augurándose una libertad *para* el individuo.

El sentido último de la libertad ya se hallaba en el principio. Mas el estudio de los principios nos lleva fuera del campo de la psicología.

de conocer <sup>(31)</sup>. El hombre conoce siempre, porque por su propia naturaleza es cognoscente. Sin embargo, no siempre tiene conciencia de conocer, porque conocer conscientemente es un acto específico, un acto reflejo.

Según Rosmini, hay un conocer pre-reflexivo que fundamenta la reflexión o conciencia y la autoconciencia: este conocer es la intuición fundamental, constante y esencial que el sujeto tiene de la idea del ser, luz de la mente humana <sup>(32)</sup>.

15. El sujeto hombre es, pues, una sustancia cognoscente que fundamenta toda acción o acto accidental de conocer <sup>(33)</sup>.

Para Freud, en cambio, el sujeto no es algo primitivo, sino un segregado del ello <sup>(34)</sup>. Lo que existe por primero es la libido, una energía psíquica impersonal con base biológica corporal. Esta energía, que es instinto de placer, al chocar con la realidad se torna displacente para el ser humano en ciertos casos y debe modificarse, desexualizarse: es entonces cuando surge el yo como instancia intermediaria o mediadora.

<sup>(31)</sup> Según Rosmini «non vi ha cognizione dove non vi ha distinzione tra soggetto ed oggetto» (*Breve schizzo dei sistemi di filosofia moderna e del proprio sistema*, Milano, Signorelli, 1966, p. 51). El problema del conocimiento se reduce a saber cómo tenemos la Idea del ser, que es la idea madre, y en relación a la cual el sujeto es sujeto inteligente. Ahora bien, según Rosmini, la Idea del ser es innata y el sujeto inteligente humano *nace siendo sujeto* (aunque no sea consciente de serlo). Para Freud, por el contrario, «la antítesis entre lo subjetivo y lo objetivo no existe en un principio» (*La negación*). El sujeto es una creación a partir de lo impersonal (el ello).

<sup>(32)</sup> «L'essere è essenzialmente l'oggetto intuibile, e perciò il lume dell'intelligenza, tolto il quale essa non può più né intendere, né affermare, né giudicar cosa alcuna, e però ella stessa non esiste oggimai più» (ROSMINI, A. *Introduzione alla filosofia*, Roma, Città Nuova, 1979, p. 307).

<sup>(33)</sup> El hombre es una sustancia sujeto con conocimiento pre-reflexivo. Los conocimientos prerreflexivos son conocimientos directos; los conocimientos conscientes son conocimientos reflejos. El conocimiento directo no se advierte, es inconsciente: «Insomma, per singolare che sembri il fatto, non è manco irrepugnabile, e formato da troppe e sicure osservazioni, che altro è esistere un'idea nella mente nostra, ed altro è l'avvertirla, l'averne attuale coscienza, il poter diré d'averla a noi stessi ed altrui» (ROSMINI, *Nuovo Saggio sull'Origine delle Idee*, n. 471).

No debe confundirse este inconsciente con el inconsciente que postula Freud. El inconsciente freudiano es dinámico: implica ideas reprimidas «que a pesar de su intensidad y eficacia se mantienen lejos de la conciencia» (*Algunas observaciones sobre el concepto de inconsciente en el psicoanálisis*, e.c., vol. II, p. 1697).

<sup>(34)</sup> El yo es una organización, el ello no. «El yo es, en efecto, la parte organizada del ello» (FREUD, S. *Inhibición, síntoma y angustia*, e.c., vol. III, p. 2839). Freud, refiriéndose a la acción que puede ejercer el yo en las decisiones que él toma, dice que el yo es como un jinete, pero *sin energía propia* (*El «yo» y el «ello»*, e.c., vol. III, p. 2708). Pero esto no significa que no tenga una energía propia para decidir. Cuando el yo decide tiene una energía que es imparcial, no dominada ni por el ello ni por el súper-yo, una energía «desexualizada» con la que decide del libre comercio de los componentes del yo entre sí: «El yo es una organización; se basa en el libre comercio de todos sus componentes entre sí y en la posibilidad de su recíproco influjo; su energía desexualizada proclama aún su procedencia en la aspiración a la unión y a la unificación, y esta obsesión de síntesis crece

El ello, en Freud, es algo así como la Idea de Hegel antes de tomar conciencia de sí: un instinto en busca de la conciencia, pero aún no consciente. En Hegel el espíritu subjetivo surge de la Idea que lo saca de sí oponiéndose a sí en sí: el alma es la identidad de lo interior con lo exterior. En Freud, el pensamiento surge del ello, por oposición con el principio de realidad. En Rosmini, esta oposición es constitutiva, primitiva: el sujeto no surge del objeto, ni a la inversa: el sujeto no pone al objeto; ni hay tampoco una actividad impersonal (ello) que pone al sujeto y al objeto contemporáneamente. Según Rosmini, el sujeto es sentimiento. La Idea del ser (objeto esencial del pensamiento) es irreducible al sentimiento. Tanto el sujeto cognoscente, como la Idea innata del ser, son elementos primitivos y constitutivos del ser humano. La Idea del ser es el objeto trascendente que ilumina al sujeto y le da sentido a él y a todos sus actos. La Idea del ser es la fuente de todo sentido: el mínimo significado que puede tener una cosa es que «sea», que tenga el significado de ser.

Esta concepción rosminiana traerá como consecuencia que la libertad (la actividad libre del sujeto) nunca sea el valor último si está desligada de su referencia al objeto al que adhiere y le da su valor. La libertad no es un valor en sí misma, sino en la verdad de la Idea del ser. La libertad del ser inteligente tiende a alegrarse en la universalidad del bien objetivo (que por ser objetivo es moral)<sup>(35)</sup>.

16. Según Rosmini, en el sujeto yace la razón común, el punto del que depende tanto el instinto como la voluntad y la libertad<sup>(36)</sup>.

El sujeto es un sentimiento fundamental, un principio sentiente que tiene dos funciones principales: a) producir sentimiento: y esta función se llama *instinto vital*; b) obrar tras el sentimiento producido tratando de ampliarlo lo más posible: y esta función se llama *instinto sensual*<sup>(37)</sup>.

En el sujeto esencialmente inteligente, como es el hombre, el sentimiento es *también intelectivo*: aquí yace el origen de la *voluntad* (ese tender hacia el objeto inteligido, en el cual el sujeto encuentra espontáneamente un deleite vital)<sup>(38)</sup>.

en razón directa de la fortaleza del desarrollo del yo» (*Inhibición, síntoma y angustia*, e.c., vol. III, p. 2840).

<sup>(35)</sup> Cfr. ROSMINI, A. *Antropología in servizio della scienza morale*, n. 604.

<sup>(36)</sup> *Ibidem*, n. 620.

<sup>(37)</sup> *Ibidem*, n. 367-369.

<sup>(38)</sup> «In generale, come il senso é avido di sentire, così lo spirito intelligente é incli-

17. La voluntad, pues, como tendencia a un objeto conocido en el cual el sujeto alcanza reposo y gozo, *puede querer sin elegir*. Y, en verdad, el hombre tiene el poder de querer sin elegir: así sucede en todas las *voliciones afectivas* <sup>(39)</sup>.

La *elección* surge cuando hay conflicto en el sujeto: la colisión entre dos bienes, hace surgir la elección. Mas no debe confundirse el *acto de elección* con el *acto libre*.

Cuando la voluntad elige entre bienes subjetivos (guiada por el placer que le producen al sujeto) se halla privada de libertad: en este caso la voluntad elige *determinada* por la espontánea prevalencia de los instintos <sup>(40)</sup>.

El *acto libre* se da cuando el sujeto tiene el poder de subyugar todo lo que hay de subjetivo en la elección; cuando puede ponerse ante los objetos que va a elegir con una visión imparcial, objetiva, absoluta. La libertad del acto de elección está en que el querer del sujeto no es determinado por ninguna razón o pulsión necesaria diversa del principio que quiere <sup>(41)</sup>.

18. La libertad, el acto de elección libre es libre y, sin embargo, está condicionado por *ideas e impulsos*. El acto libre necesita el impulso (una causa, una fuerza real) del sujeto para realizarse; necesita además conocer los objetos que elige (tener ideas de valores) <sup>(42)</sup>. No obstante los condicionamientos y debido a ellos puede darse el acto libre. La voluntad obra *espontáneamente* (es decir, por el impulso que parte de ella) *pero necesitada* por el objeto conocido fuera del cual no puede tender ni elegir otra cosa): tiene una constante y determinada relación con los estímulos (objetos). La libertad, por el contrario, es *un poder no determinado ni constante respecto de sus objetos de elección*: no está determinada por los objetos, puede oponerse a los estímulos, puede reforzar al más débil contra el más fuerte, etc. <sup>(43)</sup>.

19. Ahora bien, la célebre cuestión metafísica de la libertad

nato e volto fin da principio all'atto dell'intendere. Laonde é da credersi, che come a tutte le sensazioni in quanto sono sensazioni s'accompagna un grado di diletto, così puré un grado di vital diletto sia naturalmente ed essenzialmente connesso a tutte le percezioni intellettive » (*Ibidem*, n. 535).

<sup>(39)</sup> «La volontà può volere senza scelta: questo é ciò che avviene in tutte le volizioni affettive. Dunque lo scegliere non é un carattere essenziale all'atto della volontà» (*Ibidem*, a. 579).

<sup>(40)</sup> *Ibidem*, n. 581.

<sup>(41)</sup> *Ibidem*, n. 584.

<sup>(42)</sup> *Ibidem*, n. 607.

<sup>(43)</sup> *Ibidem*, n. 611.

se reduce a esto: ¿como es posible conciliar la libertad con el principio de causalidad? ¿Cómo es posible que haya un obrar sin una causa?

Algunos pensadores hicieron consistir la libertad en la elección sin causa suficiente para obrar (y en esto favorecían a la libertad, pero la convertían en un obrar sin sentido). Otros sostuvieron que la libertad se decidía siempre por la parte preponderante, por la razón mejor (y así favorecían el principio de causalidad, pero se menoscababa la libertad).

Otros, finalmente, comenzando por Descartes y terminando por Kant, reservaron el principio de causalidad para el mundo del cuerpo, lo material, lo fenoménico; y concedieron que el alma, lo nouménico, lo invisible, pudiese estar regido por leyes diversas: por la libertad.

Rosmini, por su parte, admite que la libertad, que el acto libre, *tiene un impulso propio*: el sujeto que hace el acto libre es causa suficiente y eficiente de su acto. Admite además que este acto está iluminado por la comprensión de los objetos (diversamente valorados en el momento existencial en que se elige) y sin embargo este acto *no está determinado* por los valores de los objetos. Hay que distinguir, pues, la fuerza espontánea que mueve el sujeto a elegir, del acto de elección<sup>(44)</sup>.

Como se ve, la libertad, el acto libre, es un acto de *decisión formal* esencialmente. En esto, la concepción filosófica rosminiana está de acuerdo con la concepción freudiana de la libertad como decisión formal.

20. El acto libre es un acto de *libre albedrío*; es un *juicio libre*, un acto soberano por el que el sujeto que conoce se decide a querer o preferir un objeto sin dependencia de nadie ni de nada. Pero no todo lo que se decide se hace. Decidir hacer no es hacer lo que se decide. La elección es un juicio, una apreciación entre dos o más fuerzas, cosa u objetos: cerrado este juicio surge la volición preferencial. El juicio libre es el término de la elección y el principio de lo que se quiere (volición preferencial) porque se lo ha elegido<sup>(45)</sup>.

Según Rosmini, las facultades del hombre no siempre están subordinadas a la superior (a la libertad como decisión formal). Las facultades inferiores a veces obran, sin esperar el imperio de la superior,

<sup>(44)</sup> «Altro é dunque la spontaneità che li muove ad eleggere, ed alto l'atto stesso dell'eleggere.

L'alto stesso dell'eleggere si rimane un alto semplicissimo in cui non v'è che *elezione* » (*Ibidem*, n. 639).

<sup>(45)</sup> *Ibidem*, n. 705.

«tomando sus propias fuerzas inmediatamente del sujeto»<sup>(46)</sup>.

Rosmini piensa al sujeto como una fuerza simple, con capacidad de unión, razón y raíz de las otras fuerzas o facultades. Pero el sujeto puede obrar de dos maneras:

a) Como principio de cada una de las facultades, y en este caso cada facultad puede ser operada por el sujeto independientemente de la otra, tomando su fuerza directamente del sujeto.

b) O bien, como principio de todas las facultades, y en este caso la acción del sujeto se comunica ordenadamente de una facultad superior a la otra inmediatamente inferior y así por toda la serie. Pues bien, el principio que preside todas las facultades es la libertad, principio supremo y soberano: pero para que lo libremente elegido se imponga y sea obedecido por los instintos y facultades inferiores y se pase a la operación se necesita que el yo, el sujeto, esté perfectamente organizado y jerárquicamente subordinado.

Según Rosmini, la libertad solo puede llevar su decisión libre y formal a la acción usando del instinto vital; por medio de este instinto vital influye sobre el instinto sensual y sobre el mundo material o exterior<sup>(47)</sup>.

En estas fuerzas inferiores e instintivas se hallan los *límites* de la libertad humana. Cada vez que el sujeto obra con independencia de lo decidido libremente, esa acción no es libre.

En resumen, la libertad implica dos funciones: 1<sup>a</sup>) la *elección*; 2<sup>a</sup>) la *fuerza práctica* que acrecienta el aprecio, la estima, del objeto que se ha elegido por lo que la voluntad queda determinada y se pasa a la acción. En la primera función consiste esencialmente la libertad y es una decisión soberana pero formal; en la segunda función se halla la libertad de obrar de hecho (de pasar a la acción, de pasar del querer al hacer) la decisión tomada<sup>(48)</sup>.

21. La *fuerza práctica* es la facultad ejecutiva, efectiva de la elección libre. Esta fuerza tiene un nexo estrecho con la elección: pero a veces esta fuerza puede estar ligada a fuerzas extrañas a la elección libre: entonces se puede querer lo que se ha elegido pero no se lo puede efectuar.

Esta fuerza práctica del hombre se halla en relación con los instintos y ante los instintos puede tomar tres actitudes: dejar que los instintos obren siendo ella solo espectadora, ayudar a los instintos o bien oponérseles<sup>(49)</sup>.

<sup>(46)</sup> *Ibidem*, n. 645.

<sup>(47)</sup> *Ibidem*, n. 648.

<sup>(48)</sup> *Ibidem*, n. 653.

<sup>(49)</sup> *Ibidem*, n. 671.



En fin, en la fuerza práctica se halla el *vigor* o la *debilidad* de la libertad, pero no su esencia <sup>(50)</sup>.

22. No podemos seguir prolongando las interesantes consideraciones rosminianas sobre la libertad. Lo dicho es suficiente para mostrar que la concepción freudiana del psicoanálisis *no excluye ni niega la existencia de la libertad* tal como la entendieron los filósofos cristianos, de los cuales Rosmini es un excelente representante.

Ambos, Freud y Rosmini, distinguen a su modo la *libertad del ejercicio de la libertad*: Freud habla de libertad formal y libertad efectiva; Rosmini habla de elección y de fuerza práctica.

Ambos no niegan la libertad al hombre, pero ambos la consideran limitada en su ejercicio.

La concepción freudiana de la libertad, por el contrario, permanece cerrada en la dimensión del placer, cuyo origen último está más allá del campo de la psicología. No es competencia de esta ciencia, por lo tanto, investigarlo. Freud reconoce así los límites de sus hipótesis científicas: construye una metapsicología pero no quiere convertirla en una metafísica. Esto no obstante, Freud no pudo desprenderse, ni en sus últimas obras, de su gran admiración por la ciencia, negando valor a otros tipos de conocimientos <sup>(51)</sup>.

WILLIAM R. DAROS

Rosario (Argentina), Universidad

<sup>(50)</sup> *Ibidem*, n. 702. Siguiendo los datos de la Escritura, la formulación de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino, los filósofos cristianos siempre han admitido la diferencia entre *libertad y vigor o debilidad de la libertad*. Los Padres del Concilio de Trento, contra Lutero, sostuvieron que «tametsi in eis (nomines) liberum arbitrium minime extinctum (can. 5) esset viribus licet attenuatum et inclinatum» (*Decretum De iustificatione*, cap. 1; Denz. Schbn. n. 1521).

<sup>(51)</sup> Freud termina su obra sobre el origen psicológico de la religión, *El porvenir de una ilusión*, escribiendo: «No, nuestra ciencia no es una ilusión. En cambio, sí lo será creer que podemos obtener en otra parte cualquiera lo que ella no nos pueda dar» (*Obras Completas*, vol. III, p. 2992).

Anteriormente había afirmado: «Cultivando aquí en la Tierra su modesto pegujal, como un buen labrador, sabrá extraer de él su sustento. Retirando sus esperanzas del más allá y concentrando en la vida terrena todas las energías así liberadas, conseguirá, probablemente, que la vida se haga más llevadera a todos y que la civilización no abrume ya a ninguno, y entonces podrá decir, con uno de nuestros irreligiosos: "El cielo lo abandonamos a los gorriones y a los ángeles" (Heine)» (p. 2988).

«Sé lo difícil que es evitar las ilusiones, y es muy posible que las esperanzas por mí confesadas antes sean también de naturaleza ilusoria. Pero habré de mantener una diferencia. Mis ilusiones —aparte de no existir castigo alguno para quien no las comparte— no son irrectificables, como las religiosas, ni integran su carácter obsesivo. Si la experiencia demostrase —ya no a mí, sino a otros más jóvenes que como yo piensan— que nos habíamos equivocado, renunciaremos a nuestras esperanzas» (*Ibidem*, p. 2990).